



www.loqueleo.es

© Del texto: 2025, Alfredo Gómez Cerdá

© De las ilustraciones: 2025, Mar Azabal

© De esta edición:

2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana

Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-591-1

Depósito legal: M-4012-2025

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2025



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Una silla para mamá

Alfredo Gómez Cerdá

Ilustraciones de Mar Azabal

loqueleog

*A Sara Moreno Valcárcel,
la maestra.*

No fue así

Aunque todos pensaban que Alejandro había comenzado a llorar un día cualquiera, no fue así.

No, no fue un día cualquiera. Y él lo sabía.

Como de costumbre, aquel día Toñi lo había llevado al colegio y al despedirse de él junto a la puerta principal, cuando ya muchos niños llenaban el patio en espera de que sonase la música de entrada, Alejandro comenzó a llorar.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó la madre.

—Nada.

—¿Y por qué lloras?

—Porque no quiero que te vayas.

Como nunca antes se había comportado de esa manera, Toñi se extrañó. Pensó que serían mimos y le dio un beso muy fuerte, y luego otro, y otro más...

Pero Alejandro seguía llorando.

10 Sonó la música de entrada.

—¿Te encuentras bien, hijo?

—Sí, mamá, pero no quiero que te vayas.

Toñi pensaba que los besos eran el bálsamo que lo cura todo, por eso volvió a cubrirle la cara con ellos.

—¡Mua, mua, mua! Y ahora a clase, que van a cerrar la puerta —le dijo después.

Cabizbajo, Alejandro echó a andar y su madre, sorprendida por aquella reacción, le observó durante un rato.

Alejandro no era un bebé, ni siquiera estaba en las clases de Infantil. Alejandro

había cumplido ocho años, aunque, cuando le preguntaban la edad, siempre respondía lo mismo:

—Los próximos serán nueve.

Se acordaba de su abuelo Cundo, que los últimos años había vivido en su casa.

—Los próximos serán ochenta y tres —decía él—. Tienes un abuelo muy viejo, Alejandro; eso es porque me casé muy mayor con tu abuela, la pobre.

11

A él le parecía imposible que pudiera existir alguien con tantos años.

—Los próximos serán ochenta y cuatro.

Un día le enseñó el carné de identidad para que comprobase que no le mentía y Alejandro, que ya sabía restar, echó la cuenta.

—Los próximos serán ochenta y cinco.

Una tarde, hojeando un libro de animales que le gustaba mucho, se sorprendió.



—Abuelo, acabo de leer que vives más que los elefantes.

—¡No me digas!

—Sí, pero las tortugas gigantes viven muchísimo más.

—Con un poco de suerte las alcanzaré.

—Y le guiñó un ojo.

13

Pero por culpa de una enfermedad muy mala no pudo cumplir los ochenta y seis, y se marchó con la abuela.

Su abuelo Cundo se había ido a vivir a su casa cuando se quedó viudo. Al principio, no quería y se pasaba todo el tiempo repitiendo que era un estorbo.

Después, cambió de opinión y una tarde, en secreto, le dijo a Alejandro que se quedaría allí hasta que él se hiciera un hombre.

Por eso, Alejandro estaba deseando cumplir años: nueve, diez, once... Quería hacerse

mayor cuanto antes. Pero se había dado cuenta de que la única forma que existía de hacerse mayor era cumplir años.

¡Qué pesadez!

14 Si fuera uno de esos niños superhéroes de los libros que leía, o de las películas y series que veía, no habría problema. Los superhéroes consiguen fácilmente sus deseos. Sin embargo, él tendría que resignarse: después de nueve tendría que pasar un año entero para cumplir diez, y otro año entero para cumplir once, y otro para doce... Y lo malo es que con doce seguiría siendo un niño.

Alejandro se pasó la primera clase llorando.

Sara, la maestra, le preguntó varias veces. Estaba preocupada.

—¿Qué te pasa, Alejandro?

—Nada.

—¿Y por qué lloras?

—Porque quiero que mi mamá se quede conmigo en el colegio.

Las explicaciones y los consuelos de Sara no sirvieron de nada y Alejandro continuó llorando durante la segunda clase.

En el recreo, ya en el patio, mientras se comía el bocadillo, siguió llora que te llora.

15

Alejandro tenía buenos amigos en el colegio, en su misma clase. A veces los contaba. Eran tres, y con él, cuatro.

Sonsoles, además, era vecina. Era hija única, como él, y a veces les gustaba decir que eran hermanos o novios.

Amado aseguraba que era de Brasil, aunque él nunca había estado allí, lo que no le impedía contar unas historias increíbles de la selva amazónica.

Briana siempre decía lo que había que hacer y los demás la obedecían, aunque por lo

bajo la llamaban marimandona. Aseguraba que de mayor sería presidenta del Gobierno.

Cuatro.

16 Pensaba Alejandro que cuatro era un buen número. Además, por supuesto, había otros que también eran amigos, pero un poco menos. No necesitaba más, por ahora.

Sonsoles no se separaba de él.

—¿No vas a contarme a mí lo que te ocurre?

Estaba terminando el bocadillo cuando recibió un balonazo. Se le cayó al suelo el trozo de pan con una rodaja de salchichón. Como seguía teniendo hambre, lo recogió, lo sacudió un par de veces para quitar la tierra y siguió comiendo entre los hipidos que le provocaba el llanto.

Se acercaron también Briana y Amado.

Todos le preguntaron lo mismo.

—¿Qué te pasa, Alejandro?

Él se encogió de hombros, incapaz de responderles.

—¿Te duele algo? —insistió Amado.

—No.

—¿Has perdido alguna cosa de valor?
—continuó Briana.

—No.

—¿Estás triste? —le preguntó Sonsoles.

Y esta vez Alejandro no respondió, lo que hizo pensar a sus amigos que habían descubierto el motivo de aquel llanto.

—¿Y por qué estás triste? —volvió a preguntar Amado.

—Porque quiero que mi mamá se quede en el colegio conmigo.

Los tres amigos se miraron desconcertados, pues el motivo de la tristeza de Alejandro les resultaba incomprendible. Nunca antes le había ocurrido una cosa así. Era muy raro.

—Las mamás, o los papás, nos traen al colegio y nos recogen a la hora de la salida —razonó Briana—. Pero no se quedan aquí, ni siquiera los de los pequeños.

—Además, tu mamá tiene que ir a trabajar, como la mía —añadió Sonsoles.

18 —Ya no —replicó Alejandro, desconsolado—. La han despedido. Y mi abuelo Cundo ya no está.

De no ser porque los amigos sabían que el abuelo Cundo se había muerto hacía unos meses, hubiesen pensado que Alejandro estaba triste por ese motivo. Era verdad que lo recordaba mucho, pero nunca antes había llorado al hacerlo.

Mientras regresaban a clase, se colocaron a su lado para animarlo y también para protegerlo de la curiosidad de los demás.

Y Alejandro no dejaba de llorar.